

Rubén Martín Giráldez
MAGISTRAL



JEKYLL & JILL
ZARAGOZA 2016

Magistral

Todas las menciones, ditirámicas o no, a la obra de Ben Marcus toman como punto de partida la edición de su novela *Notable American Women*, publicada en Estados Unidos por Vintage el 19 de marzo de 2002.

Primera edición: abril de 2016

© Rubén Martín Giráldez, 2016
© de esta edición: Jekyll & Jill editores, 2016

Publicado por Jekyll & Jill editores
jekyllandjill@gmail.com
www.jekyllandjill.com

Al cuidado de la edición: Jessica Aliaga Lavrijsen y Víctor Gomollón

ISBN: 978-84-942565-9-2
Depósito Legal: z-454-2016
Imprime: Ino Reproducciones

Impreso en España - *Printed in Spain*

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo de los editores.

QUE EN QUÉ CABEZA CABE que tu dueño fantasee con dejar de hacer uso de la lengua castellana cuando es dueño tuyo y de la lengua con que te lamentas, te lamentas. ¿No es un secreto a voces que el castellano ha comenzado por fin a emplearse sin disimulo como emético en varios países de Europa? Es cierto que de eso sólo yo tengo la culpa y que no debí andar perdiendo el tiempo en coplas rectificadas de sal y veneno durante mi juventud, pero ¿de verdad te preocupa tanto lo que haga ahora con el poco tiempo que le perdona el cargo a mi vocación? Si de ti dependiese, me pondrías una jaula en la boca y santas pascuas. ¿No es hora ya de volver a hablar de corrido? ¿Tengo que seguir echando mano de este lenguaje? ¿Seré siempre un oyente y nada más? Esto es una regencia, un oficio, el mayor cargo de responsabilidad que han sabido inventarse tus súbditos, y no un recreo, me dices. ¿Qué me ha llevado a traerme hasta aquí, chácharo y soberbio, y sin embargo paralizado por completo de opinión para abajo? Anda: dale de beber al rétor, ya que no eres capaz de darle conversación ni de responder a una sola de las preguntas que más por cortesía que por

curiosidad te ha hecho; que mientras habla, mientras hablo, no dejo de percibir mi peso, mis defectos físicos y mis miserias corporales ordinarias (nada grave: un reflejo eléctrico en el pulmón derecho —luego no es el corazón, sino su escolta—, pinchazos en el globo pálido, los ojos secos, la lengua arrasada de ácidos: lo habitual en un ser, lo esperable en una reliquia o en un rey), que sólo se reponen con líquidos. ¿Me escuchas, o estás demasiado distraído jugando con los pliegues de mi túnica? Había olvidado lo que es limitarse a garlar sin andar dándole ripio a la mano en el potro de tortura, lo cómodo que es liberar estas palabras en otro éter y luego a ver quién tiene espuelas para alcanzarnos. Qué poco gusta la verdad cuando no es la nuestra. Si me pusiese a decir la verdad, se me pegaría en el hocico con toda la razón del mundo y se me abriría al instante expediente de reproches o cosa peor, que no son mi pulcritud, mi inclinación al trabajo bien hecho ni mis buenas intenciones por lo que se me paga en el cargo que ocupó, sino por mi saber estar. ¿Sabes el dinero que invierte la Obediencia en garantizar el saber estar de miles de personas a su cargo? Mírame, tú; mírame, no me pierdas de vista, ¿si no cómo vas a leer en mi cara la cara que debes poner? ¿Para qué voy a seguir dejando por escrito este idioma melancólico, una lengua que ha perdido toda la tenacidad? De sobra sabes que yo ya no escribo, lo que tengo yo es muy buena voz y ninguna capacidad para el canto, por eso jamás me rebajaría a dejar testimonio reproducible de mi impericia. Y no por temor a ser juzgado, que de ese chiste ya supe escapar un día venturoso. Hay muchas diferencias entre lo que hacía antes y lo que he decidido hacer

hoy; antes habría comenzado por buscar alguna eyaculación presuntuosa del tipo:

Donde Berlioz escribió *fortissimo*, nosotros estamos obligados no a recrear un *fortissimo* con las posibilidades sonoras del siglo XIX, sino a interpretarlo con los medios que tenemos hoy para ejecutar un *fortissimo* rindiendo a su entera capacidad.

El piano: notas y vivencias, Charles Rossen

Y luego ya habríamos improvisado algo. Pero dime, dime, didme: ¿por qué se decide a hablar alguien que declara abominar del único idioma que domina, convencido de estar más o menos sano y contento con su vida, y de ser indiferente a la tuya y despiadado? ¿Convencido, he dicho? Un lapsus, no nos vamos a lanzar ahora a examinarnos a lo S/Z, ¿o sí?

No me sorprende que ninguna nación haya consentido que mi libelo *Magistral* se traduzca a su idioma viendo el estado en que dejó la lengua española. El influjo de *Magistral* llevaba actuando tan sólo unos pocos días cuando el viceprimersiguiente me comunicó que el castellano *había caído en malfunción* y que a esas alturas ya era demasiado tarde para hacer otra cosa que corazón de mis tripas. Pedí como buenamente pude al viceprimersiguiente que tuviera a bien concupiscir ante la pobulosidad para participarle la malanueva. «Señobres: el lenguaje: cerebro que les haya gustado», acertó a balbucir ante la Cámara. La sexta palabra la tuvo que formular con las manos

en lugar de con la boca, efectuó una pedorreta húmeda, el espumillón invisible quedó suspendido en el punto en que había sido emitido y el representante del representante máximo del Estado giró sobre sus talones cagándose en el barril de Brent o en el brezal de Brand (las versiones difieren) y se marchó por la puerta golfa, dejando allí plantada a la estupefacta Obediencia en pleno. Esta comparecencia inauguró de manera oficial (esto es: con una imagen fija y recordable) el período de barboteo en el que nos hemos visto sumidos los últimos años, cuyos frutos hacen que este servidor se plantee de cuando en cuando si no debería unirse a las feligresas de la Madre Mímica. Desde entonces hemos conocido *mejoría*, o así lo conceptuáis algunos. Yo lo llamaría *conformidad*, *meseta*. No me siento orgulloso. *Magistral* no sólo estropeó el código que nos permitía comunicarnos: aniquiló, además, la historia del gusto en nuestro país. ¿Por qué te extraña que haya sido un alto dignatario el encargado de dar el paso? Como para resucitar el gusto sería necesario que esta nación se hubiese tomado alguna vez en serio aquello de que nuestro cuerpo es un templo y la boca su excusado, lo más factible será ir pensando en reconstruir la lengua para poder mentir al menos sobre lo limpio que teníamos aquel palacete forrado de piel y pelos y perforado sin remedio nueve o diez veces. A lo mejor deberíamos ir pensando en cambiar algunas cosas, en cambiar lo que ya no sirve. Tal vez sea hora de cambiar de idioma. Por otra parte, hoy el lector es el enemigo del vate, el admirador (que no necesita leer para admirar) es su mayor obstáculo y el probador de venenos el amigo de ambos; en consecuencia, la palabra

escrita se ha convertido en una clase de diversión que satisface a otras regiones de la lengua. Si la prohibición de la admiración pública era hasta hace unos años tácita, hoy, en virtud de las nuevas regulaciones y normativas contra la bardolatría, no puede uno esperar apoyo de los antiguos apoyadores. La admiración furtiva se me antoja asimismo de peor calidad, practicada de oídas por aficionados y clara señal de que se desconoce el decoro. No hará falta justificar que mi deber es tan alto como mi sueldo de regue estatúder, y que uno y otro dimanen del mismo gobierno, razón por la cual sería de una extrema candidez esperar que me tope con un bardólatra y no lo comunique de inmediato a las autoridades competentes, habida cuenta de la importancia demostrable de las comunicaciones en nuestra época. Dicho de otro modo: lo escandaloso es la incapacidad de algunos para comprender mi fidelidad a una mano que jamás me ha mordido. No puedo decir lo mismo del lector, mi enemigo natural. La felicidad en la conjunción de un par de adjetivos dados es para éste un insulto, como siempre ha sido un insulto la alegría para el desdichado, así que no me andaré por las ramas, que tengo ya los brazos viejos. ¿Un lector qué es? Lector es quien no escribe lo que lee. Se podría pensar, entonces, que lo opuesto a un lector es un escritor. No. Lo opuesto al lector es el bardólatra. Bardólatra y lector, ambos igualmente despreciables; al final los unos y los otros son secuaces de los unos y los otros.

Y luego, y siempre disponible, estás tú, el praegustator, nuestro probador de venenos. No tengo de qué avergonzarme: al último que me admiró lo entregué a Nuestro Señor